

## Reloj de arena

Tutankamón  
herido de sorpresas

Alejandro Bruzual  
relojdearenabruzual@gmail.com  
alejandrobruzual.wordpress.com

Reconozco que Arnold Hauser sigue hablándome. Sé que ha sido criticado y hasta despreciado, pero la historiografía obliga la diferencia al lecho de Procusto. Ya me preguntaba cómo una sola fórmula para tantos siglos. Sin embargo, a la pasión de los 20 años le viene bien un poco de orden. Eran días en los que seguía la senda del ABC de Pound, y oía disciplinadamente el canon occidental de la música académica. Quería ubicarme en el laberinto y no llegar a Ítaca antes de tiempo.

Esa mecánica entre naturalismo y geometría con la que Hauser marca su sociología del arte, con sorprendente erudición aunque con visión fuertemente eurocentrista —lo que no hay que despreciar con rabia sino decodificar desde sus bordes—, me hizo nuevas preguntas cuando llegué a Egipto, a finales de la década de 1980. No tenía recursos de turista ni podía afrontar tours o guías. Apenas lo necesario para ir de Alejandría al templo de Abu Simbel en segunda clase, bajo un sol implacable y el viento frío de febrero. Conocí el caos por sus formas externas, una aglomeración indescriptible, con hombres acucillados que en las aceras conversan y toman té. Carros último modelo y carretas de naranjas tiradas por mulas se disputaban el tráfico de El Cairo, una avenida Baralt entonces de 20 millones de habitantes. La colonialidad inglesa había interferido espacio, tiempo y estima de sí mismos, entorpeciendo el surgimiento de una nueva síntesis cultural. Coexistían trazas incompletas de tiempos diversos y mucho rencor. Fui a hoteles con escaleras de mármol en ruinas y malas copias de murales de los reinos antiguos, que a pocos kilómetros resistían los flashes de los turistas por pocos centavos. Con inglés de precarias palabras contaban las monedas de un vaso de jugo, siempre de precio incierto. Fue también una experiencia sonora el corneteo y los altavoces de las mezquitas orando antes del amanecer.

No conocí a Justine ni a Mountolive, no caminé el Callejón de los Milagros, no supe de los amantes de Cavafis, pero me moví entre un pueblo alegre y desordenado, en el que los roles existen solo mientras tanto. Calles de tierra cruzaban el mercado principal y el asedio apasionado de sus comerciantes. Recuerdo la risa que despertaba por no hablar árabe, y los por-puesto llenos de gallinas y de gente. Un autobusero se desvió para desayunar sin advertirlo a sus pasajeros. El tiempo de Alá es ciertamente diferente.



Ante esa multitud expectante, hordas de visitantes doblan la cerviz para penetrar pirámides vacías, y sumar banales grafitis a los de los soldados de Napoleón en el Valle de los Reyes. Nefertitis enfrenta la barbarie que la hizo suya y la miseria que la hubiera custodiado, mientras seres con cabezas de cordero ven pasar hombres que destruyen el mundo y elevan pretenciosos una cultura referencial como falsos obeliscos. Igual por doquier. Los fragmentos del Partenón, las bombas destruyendo el renacer de Nínive, la desaparición de Budas inmensos, Palmira asediada. Guerras distintas y una misma batalla cultural reperdidamente. Las tumbas incaicas desvalijadas, el penacho de plumas de Moctezuma robado para los vieneses, el tesoro de Machu Picchu secuestrado en Yale, las vasijas vendidas de Quíbor. Destrucción que evita destrucciones llenando museos ajenos y colecciones privadas para la docta formación de sus niños.

Era muy difícil aceptar, entonces, la continuidad donde Hauser ve arte geométrico, apenas un “rígido estilo académico”. Pero es la marca de lo impercedero, lo divino e inmutable, por eso nombres y atributos diferentes no le hacen mella. La eternidad es hierática, formal, inapresable. La cotidianidad, en cambio, dibuja su rostro en pequeños espejos femeninos y el vuelo de un pato cruza la cámara nupcial. La sutileza de

**“Conocí el caos por sus formas externas, una aglomeración indescriptible, con hombres acucillados que en las aceras conversan y toman té. Carros último modelo y carretas de naranjas tiradas por mulas se disputaban el tráfico de El Cairo, una avenida Baralt entonces de 20 millones de habitantes. La colonialidad inglesa había interferido espacio, tiempo y estima de sí mismos, entorpeciendo el surgimiento de una nueva síntesis cultural”**

una cuchara de maquillaje nada en el aire hasta los ojos negros de un escarabajo. La cabeza labrada de un laúd que dejó de ser lira. Es un mecanismo con un sentido que desconocemos. No obstante, la muerte reactiva las diferencias, y los ushebtis serán esclavos en un más allá que no cambia las injusticias.

Pareciera que Hauser aceptara la representación de lo natural como superior, al menos hasta las vanguardias. La mirada clásica sentó la belleza en sus piernas soñando lo individual para olvidar la inmortalidad incomprensible. La proporción y el número serían también instrumentos de análisis para proponer lo intuible. Una pretensión de Occidente fundando fronteras expansivas. Llegará la perspectiva, la polifonía renacentista y Copérnico para ordenar y dominar. Pero lo egipcio parecía anunciar una historia que no fue, una resistencia anacrónica que todavía invita a imaginarla.

La bóveda del Museo de El Cairo cuida la colección más hermosa de toda la historia del arte, el tesoro de Tutankamón. Un desorden de cajas sin desembalar, miles de piezas sin clasificar, conducen a él entre niñas escolares con velos y blujeans. Puñales con empuñadura de cuarzo e incrustaciones de piedras semipreciosas, animales sagrados de madera, joyas reales, finas piezas de cerámica, muebles delicados y la más fantástica custodia de la muerte: máscaras y cofres funerarios con franjas de oro y lapislázuli. Sus ojos escrutan la noche que sobre él se posa. ¿Cuál fue el mensaje para el dios destronado? ¿Por qué su insignificante túmulo no fue saqueado durante siglos? No atiendo explicaciones esotéricas, y nada dice Hauser sobre el fracaso de la alternancia en un mismo nudo egipcio.

La intransigencia arrasó los dioses unidos de Tell-el-Amarna y su Nuevo Reino. La representación andrógina de Akenatón es humana por su fealdad, y se asume como lo real verdadero, fundando la belleza posterior. Me pregunto, entonces, si el breve rey que retornó las aguas del Nilo a su cauce y devolvió el poder a la vieja hegemonía no era mensajero de una potencialidad distinta, nunca luego descifrada, el arte como código y sentido distintos. El joven faraón asumió en la muerte el rostro de sus ancestros, ajeno a la mirada solitaria de su madre. Aquellos pastos que supieron del peso exacto de sus nombres son ahora arena del desierto, hollada por turistas que ignoran las manos múltiples del sol. Van en camellos cansados, maltratados por hombres de idioma, religión y costumbres distintas, a quienes tampoco les interesan los dos reyes contrariados. Ya la eternidad se representará a pedazos incompletos. No creemos que lo ahí cifrado se resuelva en la dualidad dialéctica y la teleología de Hauser, pero quizás no tenga sentido averiguarlo.